

Una vida en virtud, la labor docente

Miguel Ángel Gómez Gudiño

Maestro en Desarrollo Humano Organizacional. Director general de Educare FM, estación de radio por internet (<https://educarefm.com>).
mtro.miguelangelgomez@gmail.com

“Conozca todas las teorías. Domine todas las técnicas,
pero al tocar una alma humana sea apenas
otra alma humana”.

Carl Gustav Jung

Corbata roja y negra en forma de rombos, se torna testigo fiel; ¿qué es una meta? —pregunto con cierto aire de soberbia, en los últimos lugares una mano se levanta para dar su respuesta, un joven estudiante de bachillerato, quizá un par de años más joven que yo, y dijo:

“Una meta es un objetivo, un propósito. Una meta es muchos más que un sueño, es un sueño encaminado a realizarse. Una meta es mucho más que un vago: «Oh, desearía poder hacerlo». Una meta es un objetivo a alcanzar” Schwartz (1959).

—Horacio, había dado la misma definición que había preparado; cual mago, de la chistera saqué el conejo de la salvación, ejemplos que me vinieron a la mente en ese momento, mi escaso bagaje hizo su aparición usando analogías que me permitieron mantener la calma mía y el dominio del grupo.

Hoy a veintiocho años de ese suceso reconozco que el docente, quien se dedica al magisterio es un mago que tiene que ejercer cierta *hechicería* para poder ejercer y compartir el conocimiento a través de presentar la información de una manera que genere la magia de querer aprender y lograr con ello la *alquimia* como le llamaban los antiguos, es decir, la transformación de lo que vemos en la “realidad” en lo que no

podemos apreciar con nuestros sentidos presentes. Por ello la docencia se convierte en una labor mágica; porque llegan a nosotros seres en constante transformación y el fin último de nuestra interacción con las personas es que encuentren dentro de sí algo que ellos no alcanzan a apreciar en sí mismos. Es inherente a nuestro trabajo, la transformación del plomo en oro, y son las materias que damos un precursor para lograr el cambio en las almas de quienes son depositarios de nuestra actividad frente a grupo y la sociedad; nuestros conocimientos y dominio de los contenidos temáticos de las asignaturas que compartimos son pretexto para tocar de corazón a corazón espíritus transformadores de sus realidades.

Sin lugar a dudas, la labor docente requiere de desarrollar un sinfín de cualidades y habilidades, desde las técnicas hasta las humanas, estas últimas tienen mucha importancia.

En este contexto puedo citar que la humildad es la principal habilidad humana con la que podemos disponernos enseñar; dado que todo ser humano tiene una experiencia y visión de la que podemos aprender.

Dependiendo el nivel de escolarización, los aprendizajes que nos proporcionan los discentes son variados y provechosos para nuestro desarrollo en el aula y la generación de nuevos conocimientos que van más allá de la teoría pedagógica o de los sustentos de nuestras asignaturas; elementos tan sencillos como una confusión de los niños en sus primeros años de escolarización con alguno de sus padres, pasando por las muestras de afecto o rechazo tan verdaderas y naturales para ellos, así como la visión espontánea de las cosas o las preguntas incómodas desde el ámbito personal hasta de nuestros temas de dominio; llegando en muchas ocasiones en niveles más avanzados a la confrontación en aras de la defensa de argumentos que les hacen sentido y se vuelven convicciones a veces temporales y otras como parte de su estructura de valores y personalidad.

La gran mayoría de nosotros ha pasado de la euforia de nuestros primeros días frente a grupo, de esos estados de vigor y esperanza que da la utopía de la educación de querer construir mundos nuevos,

experiencias y visiones de cambio de nuestra realidad poniendo especial interés en trazar rutas que combatan los problemas acuciantes de nuestras comunidades en cada generación, a la frustración de los sistemas y acatamiento de dogmas educativos prevalecientes en cada visión política y social que conlleva a convertirnos en parte de esos muros infranqueables, a veces nos volvemos *otro ladrillo en la pared* como diría Pink Floyd.

Sin embargo, no todo está perdido porque hay en nosotros una simiente que despierta cada día en nuestra conciencia que permite de cierta forma una rebeldía para alcanzar un sendero que traza nuestros pasos hacia ese sin lugar, a navegar con banderas desplegadas a ese espacio que no sabemos en dónde está pero que sabemos que existe, a vivir esas utopías que motivan nuestros esmeros.

Entender que la otredad puede saber tanto o más que nosotros, que cada ser humano trae consigo una semilla que nosotros cual jardineros experimentados habremos de abonar para que crezca, nos permite generar competencias para enfrentar los distintos momentos históricos que vivimos. Máxime en esta vorágine de avances tecnológicos y científicos a la que nos enfrentamos cada día, pero que en muchas ocasiones nos ha hecho olvidar la humanidad que encierra cada ente que interactúa en el aula, nos olvidamos de los sueños, de los anhelos y los miedos que cada individuo trae consigo.

Hoy que los conocimientos están al alcance de un *click*, los saberes humanos están tan alejados de la realidad, podemos ver que el sometimiento, la burla, el escarnio, la descalificación y la ofensa tan fácilmente, la distorsión, tergiversación y magnificación de situaciones, expresiones y experiencias que nos da un sesgo moral y nos pone en modo *expertise* y vertimos nuestra opinión desde el grado de juzgadores de la realidad, nos distraemos y vivimos en el perjuicio de otros también; esta forma de relacionarnos con la realidad nos permite reflexionar sobre lo que necesitan los estudiantes y docentes de hoy, buscar el consenso y la equidad cada vez resulta más complejo; hoy los dogmas de antaño pierden mucha vigencia, lo que se daba en una sola visión hoy se permea para disentir en muchas miradas que buscan la perma-

nencia en el mundo contemporáneo, así como los valores se trastocan creando un caos en nuestros sistemas sociales.

Se nos piden tantas cosas que hacer antes, durante y después de las clases, se nos ordena seguir planes que desde el escritorio parecen adecuados pero a la hora de ejecutarlos están alejados de la realidad. Se dice y hace énfasis en las necesidades y cuidado de los educandos para no causar traumas por lo que se ha vuelto más permisivo y laxo el proceso de enseñanza-aprendizaje.

Pero ¿qué necesitamos los docentes para seguir siendo una esperanza? ¿Para llevar la luz del conocimiento y disipar las tinieblas como los antiguos magos? Las experiencias en el aula, el contacto humano y cálido que nos dan los encuentros pedagógicos–andragógicos en la escuela, esas risas, esas caras de satisfacción, esas preguntas que nos permiten investigar otras posibilidades, esos agradecimientos sin esperarlos de nuestros socios de aprendizaje, quizá en los primeros años de escuela el *lunch* que nos comparten, las cartas que nos dan; la energía y vitalidad que nos brinda la propia enseñanza nos hace volver a nuestro espíritu de lucha y en muchas ocasiones nos convierte en faquires que franquean esos muros administrativos.

Cada experiencia de mediación del conocimiento nos da puntos de visión que va desde la perspectiva *egocéntrica* en donde el individuo se vuelve el centro del universo y en la que caemos en algún momento todos los agentes educativos, pasando por un estado de *sociocentrismo* en el que entendemos que somos parte de una sociedad y que tanto nos influye como influimos en ella; la idea educativa sería también transformar nuestros puntos de vista en algo *mundo centrista* y llegar al *kosmo centrista* que nos daría una dimensión más humana de verdadera transformación.

Si damos respuesta a la frase *si alguien gana...*, diríamos casi en automático, *alguien pierde*, pero, ¿por qué no pensar que todos podemos ganar? Somos tantos profesionales de la educación, tantas visiones y formaciones en torno a la educación, pero tenemos tantos paradigmas que sólo es importante nuestra visión. ¿Y si todos ponemos de nuestra parte para que todos ganemos? Tendríamos sin duda,

una ganancia mayúscula en nuestros discentes, en la sociedad, permeáramos un intrínseco valor de crecimiento, cubriríamos la tendencia autoactualizante de la que hablaba Carl Rogers.

Experiencias únicas en nuestras trayectorias son guardadas en nuestros corazones, la vivencia de cada momento en las aulas, los patios y pasillos de nuestras instituciones educativas en las que servimos con pasión y alegría en nuestro quehacer docente son las que impregnan nuestros sueños de creación, nos unen a la divinidad o al goce vital que desarrolla la profesión que prepara a todas las otras profesiones. La virtud de educar, de tocar almas es en definitiva un preciado tesoro que cultiva la paz, la armonía y la alegría, nos permite seguir aprendiendo y poniendo en práctica la aceptación de la otredad, de las ideas, los avances más allá de una tolerancia, nos vincula con almas con sed de conocimiento y nos permite respirar aire fresco cada día.

Ir más allá de las cuatro paredes implica una huella, un eco trascendente de nuestro llamado a participar desde el corazón con la transformación de nuestro mundo, de dar esperanza a vivir con valores en donde la plenitud y dignidad del ser humano estén garantizadas, y la convivencia en paz sea una constante, no en la pasividad que pueda entenderse y dar con este valor, sino con la paz activa que implica una mayor responsabilidad mía en relación con los demás y el mundo; en una voz unida que proclame la luz de cada ser humano y la una con la humanidad para ser una sola luz que ilumine el cosmos.

No puedo sino ser un apasionado de la utopía y la esperanza de que la educación nos dará un porvenir mejor como humanidad. En amor, servicio, aprendizaje y trascendencia.